

De las hogueras a la imprenta

El arduo renacer de la narrativa chilena

Igual que sucedió en otros ámbitos de la vida nacional, el fenómeno dictatorial contribuyó a perfilar en no escasa medida las grandezas y miserias de la narrativa chilena en al menos los tres últimos lustros. Sus grandezas, por lo que para sus cultores supuso —en especial para los más jóvenes— el gesto rabioso, admirable, de sobreponerse a las botas, o al sopor de un país en permanente estado de sitio, y negarse a desertar del papel en blanco, para seguir escribiendo contra viento y marea, en un contexto de censura generalizada y endémico decaimiento del mercado editorial a nivel no ya sólo de Chile sino regional. Un factor que determinó el carácter inicialmente vacilante de la actividad literaria, sometida a los embates represivos del modelo autoritario o, como contrapartida, a las exigencias del dogmatismo militante, posibilidad esta última que postulaba como única y más legítima opción estética el recuento semiclandestino de una realidad opresiva, lo cual suele configurar un cerco adicional a la labor del creador. Como bien ha resumido la situación el escritor chileno Jorge Edwards, echando mano a una frase de Isaac Babel, «los poetas y escritores se convirtieron a la fuerza en *maestros del arte del silencio*». De todo ello resultó, cuando menos en los primeros años de la dictadura, el prolongado discurrir de la narrativa local por una tierra baldía, un país tomado por asalto, cuyos atracadores optaron por expulsar de su seno a una generación completa de narradores y redujeron a las generaciones emergentes a la recompensa mezquina de los concursos literarios y los talleres a puerta cerrada, al cultivo de la ocasionalmente denominada «estética de la resistencia» y, en el peor de los casos, al mutismo. No fue, ni con mucho, la consecuencia más aplastante del período dictatorial. Peor les fue a los que sufrieron directamente el garrote policial o el secuestro alevoso de algún familiar, o a los que hubieron de presenciar la progresiva desnutrición de sus vástagos. Cuando menos los escritores siguen hasta hoy bien alimentados, algo que siempre atenúa su cuota de heroísmo en tiempos de crisis.

En fin, a las puertas de la transición a la democracia, es hora de posponer la reflexión lacrimosa y recomponer sobriamente el panorama de las letras chilenas actuales, abarcando a las generaciones literarias precedentes y las que inician su andadura, ambas enfrentadas al desafío ineludible de reescribir nuestra historia y nuestros mo-

dos de ser, con el pie forzado de la institucionalidad espuria que la dictadura deja tras de sí. Resta ver si la actividad narrativa local logrará sumarse al fin a los vientos renovadores o habrá de insistir en el relativo marasmo que la ha caracterizado en los últimos años, algunas de cuyas condicionantes cabe examinar aquí, ahora, a modo de provisorio diagnóstico, antes de aludir a sus protagonistas.

Atrofia del mercado editorial a nivel local

En una suerte de condicionamiento pavloviano, los términos aparejados de «mercado editorial» generan un inmediato sobresalto en muchos escritores chilenos, con la probable excepción de quienes han publicado sus obras en el extranjero, menos reticentes a capitalizar eventuales derechos de autor y vivir de ellos. En el interior, en cambio, muy pocos piensan en cobrar *royalties*; los cuentos circulan entre los amigos y acceden gratuitamente a los pocos espacios disponibles en revistas culturales y de otra índole. No es sólo que los autores no cobren; además han de sentirse agradecidos de que las mencionadas publicaciones les concedan su espacio. En cuanto a la producción de largo aliento, lo más habitual son las autoediciones, financiadas por el autor (o sus familiares), en virtud de lo cual proliferan los sellos editoriales sin otro destino que el de acoger la única obra de un único autor, que es a la vez el fundador del sello en cuestión. Son colecciones editoriales de un solo título, para autores de un solo libro.

Difícil es establecer la génesis de esa atrofia y este singular rechazo a la idea de comerciar con la propia obra literaria, destino natural de la misma en otras latitudes, como Europa Occidental y el resto del mundo desarrollado. Será, en parte, por las restringidas dimensiones del mercado chileno de lectores, pero esta hipotética disculpa pierde fuerza si consideramos que el destino natural de cualquier autor de habla hispana es, eventualmente, la totalidad de América Latina y España, un mercado lector suficientemente amplio y motivador. Será, también en parte, gracias al desprestigio que la noción de *mercado* conlleva hoy en Chile y en otros países del área, por obra y gracia de la escuela de Chicago. Lo cierto es que el neoliberalismo descarnado y sus prácticas no han incidido gran cosa en el sector editorial, cuando menos en lo que hace a la producción novelística y cuentística, donde los propios autores financian sus ediciones y todo se regala, para que cada uno pueda gratificarse cuanto antes, a temprana edad, al ver su nombre en letras de molde.

Es lícito, pues, hablar de una atrofia del mercado editorial, lo cual presupone que hubo tiempos mejores y que a ellos sobrevino la desgracia. Los hubo, en efecto, y sus coordenadas más optimistas coinciden con las décadas antecedentes al golpe militar, época en la que la educación general básica era un derecho inalienable de todo chileno —exigencia recogida en la Ley Obligatoria de Instrucción Pública de 1939— y en que «gobernar era educar», el lema de los sectores reformadores más lúcidos

de la sociedad local, dos factores que por sí solos contribuyeron a potenciar el nivel lector del país. Eran tiempos fructíferos, en los que los intelectuales de prestigio mundial desarrollaban su labor investigadora y publicaban en Chile, como fue el caso del sociólogo francés Armand Mattelart, el catedrático español Enrique Tierno Galván (que luego habría de jugar un papel histórico en la alcaldía de Madrid) o el economista argentino Raúl Prebisch. La actividad editorial iba aparejada al florecimiento de la vida académica y cultural; según las cifras de la UNESCO, a pesar de la menor importancia relativa de Chile como centro editorial en el mundo de habla hispana, entre 1968 y 1970 la cifra promedio de primeras ediciones publicadas anualmente oscilaba en torno a los 1.200 títulos. A ello cabe sumar los congresos de escritores celebrados en 1962 y 1969, en la ciudad austral de Concepción y en Santiago, donde las grandes firmas del llamado *boom* hispanoamericano se reunieron tempranamente para asentar las bases de su florecimiento ulterior como creadores. Lo más emblemático de la vida editorial bajo el gobierno de Salvador Allende fue, posiblemente, la actividad incesante de la conocida editorial Quimantú, que multiplicó las ediciones masivas, y a bajo precio, de las grandes figuras y obras de la literatura universal y canalizó la producción de los nuevos autores del momento.

El golpe de Estado puso fin a la efervescencia cultural y la pujanza editorial: ya en 1975, dos años después de la sublevación militar, la cifra de primeras ediciones descendió a 628 títulos, vale decir a la mitad, y la curva decreció paulatinamente a 529 títulos en 1976 y 387 en 1977, con un ligero repunte de 432 títulos en 1978. Entre sus objetivos inmediatos, el nuevo autoritarismo militar se propuso la eliminación del acervo intelectual inmediato, por considerarlo el nutriente ideológico de los enemigos internos y externos de la nación. La editorial Quimantú quedó reducida a una industria editorial de cobertura limitada —Editorial Gabriela Mistral— y sus ediciones masivas fueron consumidas por las hogueras callejeras —al más puro estilo berlinés—, arrojadas al mar o guillotizadas en la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, para el mejor aprovechamiento de los residuos.

Colapso del mercado latinoamericano y nuevos indicios en Chile

A los embates dictatoriales en variados puntos del continente, siguió, a contar de 1982, el colapso del mercado editorial latinoamericano en un sentido amplio, cuando México suspendió los pagos a las ediciones importadas desde la península. A partir de entonces, el escritor chileno, como sus colegas del continente, deambula extraviado en el territorio hostil de las grandes editoriales de habla hispana, indiferentes a su quehacer. «No habrá, de momento, otro *boom* hispanoamericano porque no hay quien compre los libros», oí comentar en cierta ocasión a un editor español, antiguo expor-